

tos rusos. Verdad es que, deseando Alejandro encerrarse en la observancia estricta de los tratados, habia erigido un tribunal de presas para condenar á los americanos, no procedentes de América con evidencia, ó á los suecos portadores de mercancías inglesas harto á las claras. De esta suerte apresaba y confiscaba cierto número de bageles; pero, si consentia en entorpecer y disminuir su comercio, no se atemperaba á destruirlo. Aun los negociantes en grande podian cambiar los granos, las maderas, los cáñamos por azúcares, cafés, algodones, que despachaban en Rusia, ó que por un vasto acarreo, muy lucrativo para los aldeanos rusos, trasportaban á Koenigsberg en la frontera de la vieja Prusia, ó á Brody en la frontera de Austria, desde donde eran conducidos á Leipsick y Francfort en carros alemanes. Siendo muy alto el precio á que el bloqueo continental habia hecho subir estas mercancías, cabia pagar su transporte por costoso que fuera, y acontecia que una porcion de azúcares producidos en la Habana, trasladada de la Habana á Inglaterra, de Inglaterra á Suecia por buques ingleses, y de Suecia á Rusia por buques americanos ó suecos, bajara despues de Rusia á Alemania, acarreándola carros rusos.

Aun cuando este tráfico no fuera expedito ni con mucho, todavía Alejandro se prestara á ponerle algunas mas trabas, pero nunca á suprimirlo del todo. Otro interés habia para su comercio que estaba determinado á no sacrificar de manera ninguna. De un modo alarmante bajaba el cambio, y habia lugar á temer que las relaciones externas se imposibilitaran completamente, si aun por largo tiempo era menester dar tan grande cantidad de

valores rusos para proporcionarse valores alemanes, franceses, ingleses, á fin de pagar en Francfort, París y Londres, lo que allí se habia comprado, consistiendo en el papel moneda la primera causa de la baja del cambio. Con efecto, acontecia al rublo lo propio que á la libra esterlina, y nada mas natural que los extrangeros no aceptaran sino con arreglo al descrédito del papel la libra esterlina y el rublo: segunda causa de esta baja era la disminucion que se manifestaba en la exportacion de los productos rusos por consecuencia de la guerra; y estribaba la tercera en la inferioridad de los rusos bajo el aspecto de la fabricacion, inferioridad que les obligaba á adquirir fuera todos los objetos de lujo. No habia modo de que cesaran las dos primeras causas, pues se necesitara sustituir oro y plata al papel moneda, ó dar á las exportaciones de Rusia una facilidad incompatible con la guerra; pero los comerciantes rusos se habian figurado que, si se prohibian los paños, las sedas, las telas de algodón y otros objetos procedentes del extrangero, los produciria la industria rusa, y desapareceria de consiguiente una de las causas de la baja del cambio. Posible era que se verificara así andando el tiempo, mas pensar que se consiguiera al instante, no pasaba de ser una de las esperanzas ilusorias que constituyen el consuelo comun de los intereses lastimados. Tales reclamaciones habia elevado con este motivo una comision de negociantes rusos, formada cerca del gobierno, que Alejandro se vió obligado á expedir un ukase prohibiendo todas las manufacturas inglesas, muchas manufacturas alemanas y algunas manufacturas francesas, por considerarse

que hacian concurrencia á la industria rusa, tales como los paños y las sedas. Por el ukase este se establecieron penas severas y muy semejantes á las introducidas por Napoleon en su código de aduanas, pues eran la confiscacion y la guerra.

Tal era el modo con que Alejandro pretendia corresponder á los empeños que en Tilsit contra-jo. Viendo á Napoleon no tener reparo en sus combinaciones mercantiles, y tan pronto prohibir con terribles penas los productos ingleses como admitir grandes cantidades de ellos bajo un impuesto muy lucrativo; viéndole igualmente rechazar del suelo francés los productos de naciones amigas, tales como los suizos ó los italianos, cuando hacian concurrencia á la industria francesa; se propuso tambien procurar sus conveniencias particulares, ateniéndose á la letra material de los tratados muy estrechamente entendida. Sentados estos límites, decidióse á parapetarse en ellos, con suavidad en la forma, con obstinacion en el fondo, y á mantenerse allí sin ruptura con Francia mientras le fuera posible, y en todo caso á no exponerse á la guerra hasta que se desembarazara de los turcos, pero á aceptarla antes que suprimir las reliquias de su comercio.

Temiendo, no obstante, que para con un carácter de la entereza del de Napoleon ni aun las mas suaves formas alcanzasen á precaver una ruptura, determinóse á tomar algunas precauciones militares, no amenazadoras aunque si de eficacia. Nada quiso hacer muy cerca de las fronteras polacas, dado que eran hasta cierto punto fronteras francesas; y así, abandonando la línea del Niemen, eligió su línea de defensa mas á la espalda, esto

es, junto al Dwina y el Dnieper, rios que, naciendo uno cerca de otro, trazan en su curso, el primero hácia el Báltico, el segundo hácia el mar Negro, una gran línea transversal del Noroeste al Sudoeste, que es en lo interior la verdadera línea defensiva de Rusia. Delante de un adversario tan impetuoso como Napoleon era menester dejar campo y establecer en el corazon del imperio el terreno de la resistencia. Ocupándose Alejandro personalmente en los detalles militares con hombres experimentados, dispuso que se construyeran obras de fortificacion en Riga, en Dunaburgo, en Vitpeck, en Esmolensko, y sobre todo en Bobruisk, plaza asentada junto al Berecina, en medio de los pantanos que hay á las márgenes de este rio. A estas obras defensivas que, en su concepto, no debian ser mas provocantes que las que Napoleon hacia construir en Danzick, en Mollin, en Torgau, añadió algunas providencias de organizacion militar. Desde la guerra con los suecos habian quedado en Finlandia cierto número de regimientos pertenecientes á divisiones estacionadas habitualmente en Lituania. A este punto hizo venir tales regimientos, y dedicóse ademas á mantener en pie de guerra todas las divisiones establecidas en las fronteras de Polonia, la mayor parte de las cuales se hallaba desde la paz de Tilsit en los mismos acantonamientos.

Adoptadas estas disposiciones, se esmeró Alejandro en atemperar á su política su lenguaje. Con Mr. de Caulamcourt se tenia que explicar sobre la admision de los neutrales en los puertos rusos, sobre la extension de las fronteras francesas hasta Hamburgo, sobre la toma de posesion del pais de

Oldemburgo, sobre la formacion evidente, aunque disimulada, de una poderosa guarnicion en Danzick, puntos todos sobre los cuales resolvió explicarse con dulzura, y al mismo tiempo con firmeza, de modo de probar que tenia buenos informes, que no buscaba la guerra, pero que la haria en exigiéndosele ciertos sacrificios á que no se prestaba en ningun concepto, de modo, en fin, de no atropellar cosa alguna y de no producir una crisis cercana.

Algo de frialdad habia manifestado á Mr. de Caulaincourt despues del matrimonio que se descompuso, y despues de la negativa á la convencion referente á Polonia; frialdad que se dirigia al gobierno francés, y que procuró con mucho tacto que no fuera personal hácia Mr. de Caulaincourt. De éste sabia que, conociendo hasta qué punto se hacia su situacion dificultosa y deseando volver á Francia para casarse, habia solicitado y conseguido su relevo: no queria, pues, despedir descontento á un hombre á quien estimaba y amaba; y ademas ponia el anhelo en dar á su lenguaje un carácter amistoso que ya no se veia en sus actos. Por estas diversas razones afectó mantener al embajador de Francia el mismo favor de que habia gozado en San Petersburgo; vióle frecuentemente, con la misma familiaridad que antes, y con él multiplicó intimas conferencias de cuya sustancia ordinaria hay que dar idea.

Al decir de Alejandro, Napoleon habia variado visiblemente respecto de su persona, y de aliado íntimo en Tilsit, no menos íntimo en Erfurt, ya figuraba como uno de aquellos amigos indiferentes, próximos á declararse contrarios. Lo consideraba

y le dolia profundamente, porque no deseaba una ruptura y hacia todo lo posible para evitarla. Prescindiendo de lo que la guerra tenia de azaroso contra tan gran capitán como Napoleon y tan valiente ejército como el francés, era para él una humillacion verdadera, pues envolvia la condenacion del sistema de alianza que de tres años atrás, él solo y Mr de Romanzoff sostenian en el imperio. En este sistema de alianza persistia, y no disimulaba lo ventajoso que le era para obtener la Finlandia y las provincias del Danubio, estas últimas no conquistadas todavia, quizá por culpa de Francia hasta cierto punto, por no haber ayudado bastante á Rusia en Constantinopla. Mas si Rusia ganaba en este sistema, ¿qué no ganaba Francia, que desde 1807 habia invadido la España, arrancado al Austria la Iliria y una parte de la Galitzia, y convertido recientisimamente en departamentos franceses los Estados romanos, la Toscana, el Valais, la Holanda y las ciudades anseáticas? ¿Acaso se podian equiparar la Finlandia y las provincias danubianas con tan vastos reinos, con tan excelentes posesiones continentales y marítimas? Aunque pudiera quejarse de este modo de mantener el equilibrio entre los dos imperios, y sobre todo, de la extension de territorio que, ensanchando la Francia hasta Lubeck, la hacia frontera de Dinamarca y de Suecia, y casi vecina de Rusia, preferia no efectuarlo por el deseo de acreditar á Napoleon que ninguna rivalidad le animaba en su contra. Con todo, si renunciaba á lamentarse de la falta de igualdad en los provechos que sacaba cada cual de la alianza, ¿cabia que guardara silencio sobre la ocupacion de aquel ducado de Oldembur-

go, de tan tenue importancia para Napoleon y de tanto interés para la familia reinante de Rusia, y del cual no hubiera debido apoderarse puesto que, ganando tan poco, ocasionaba tanta pena á un aliado, acreedor cuando menos á que se le guardaran consideraciones? ¿No era irrisoria la indemnización de Erfurt que se ofrecía, y no semejaba añadir la burla al perjuicio causado? Sobre este perjuicio, manifestaba Alejandro que hubiera tomado su partido, reservándose indemnizar por sí á un tío á quien amaba tanto, pero que la falta de miramientos á Rusia le conmovía profundamente, menos por él que por la nación rusa, susceptible y altiva cual convenia á su grandeza. De esta suerte se daba por bueno lo que los enemigos de la alianza, tan numerosos en Europa, habian dicho sobre que Napoleon trataría al czar como á un jóven sin experiencia y sin carácter, á quien miraba como á un cliente maniático y sumiso, y de quien se cuidaba tan poco que le ocasionaría todas las desazones que pluguiera á su índole caprichosa. ¿Por ventura convenia darles la razon tan pronto y tan completamente?

Insistiendo en lo de la ocupacion de Oldemburgo, expresaba que le habia conmovido con especialidad por el efecto que produjo así en la corte como en el público, efecto deplorable, segun afirmaba, aun prescindiendo de todo vano amor propio. Respecto de la indemnizacion de Erfurt, sin caer en ridículo no podía aceptarla, y por lo demas, rehusándola, nada pedía, pues nada se le podía ofrecer que no fuera arrebatado á algun pobre príncipe de Alemania, inocentísimo de todo el daño, y no queria que se le acusara de contribuir

á uno de aquellos violentos despojos que, ya hacia veinte años, estaban sublevando el sentimiento moral de la Europa. Sin duda no tenia necesidad de declarar que por el ducado de Oldemburgo no haría la guerra, pero deseaba no ocultar que estaba agraviado, sobre todo ofendido, y que, sin exigirle, sin designarla, esperaba una reparacion que satisficiera la dignidad ajada de la nacion rusa.

Y mientras tantos motivos le asistian de queja, decia ademas Alejandro, se le acababa de suscitar una disputa á causa de los neutrales admitidos en sus puertos, y sobre todo, á causa del ukase del 31 de diciembre. Ahora bien, declaraba con toda lisura que insistir en tal punto equivalia á exigirle la ruina total del comercio ruso, ya muy restringido por mil trabas, en lo cual no podía consentir de manera alguna. No á todos se alcanzaba en Europa el interés que tenian las naciones marítimas en resistir las pretensiones de Inglaterra, imponiéndose por tal motivo crueles privaciones, y no era de extrañar que en Rusia costara trabajo comprenderlo. Solo Alejandro y algunos súbditos ilustrados del imperio conocian este interés, no así la muchedumbre, pues no veía en el bloqueo continental mas que una de aquellas voluntades despóticas de la Francia, que era muy duro soportar cuando se estaba tan lejos de ella y con poder bastante para hacerse respetar en todo caso. ¿Y con qué título exigía Napoleon aquellos últimos sacrificios? ¿Acaso en nombre de los tratados? Fielmente practicaba el de Tilsit la Rusia: allí habia prometido ser hostil á Inglaterra, proscribir su pabellon desde entonces, y suscribir á los cuatro artículos del derecho de los neutrales, cumpliéndolo

asi todo. Declarado habia la guerra á la Gran Bretaña sin interés peculiar suyo: cerrado habia al pabellon británico sus puertos, buscándolo tan diligentemente bajo el disfraz americano que en aquel año habian sido apresados, condenados y confiscados mas de cien buques á pesar de suponer su procedencia americana; y ninguno habia sido admitido sin preceder un detenido exámen de sus papeles, practicado de acuerdo con monsieur Adam, ministro de los Estados Unidos. Verdad es que Napoleon pretendia que todos los americanos admitidos habian tocado en territorio de Inglaterra ó sido convoyados por sus bageles, lo cual probaba una connivencia interesada con ella, y era contrario á los decretos de Berlin y de Milan. ¿Pero habian de ser acaso obligatorios para Rusia estos decretos, que plugo á Napoleon agregar al derecho marítimo á titulo de represalias, y que declaraban desnacionalizados todos los barcos que hubiesen tocado en Inglaterra ó sufrido su convoy ó su vi-ita? ¿Se habria concertado Napoleon con la Rusia para dictarlos? ¿Y bastaba que él decretara en París cualquiera cosa para que desde el mismo instante hubiera obligacion de obedecerla en San Petersburgo? ¿Porque fueran aliados los dos imperios se habia de entender que se confundieran bajo la autoridad de un mismo soberano? Muchos hombres ilustrados cuestionaban hasta en la misma Francia sobre la eficacia de las nuevas providencias, y pretendian que de ellas les resultaba tanto perjuicio como á los contrarios. ¿No era lícito pensar en Rusia de igual modo y proceder á tenor de lo que se pensaba? ¿Qué caso hacia el mismo Napoleon de sus propios decretos? Después

de dictarlos, después de quererlos imponer no solo á Francia, sino á todo el continente, no acababa de quebrantarlos de la manera mas extraña adoptando el sistema de las licencias, segun el cual todo buque podia ir á los puertos de Inglaterra y volver cargado de productos británicos mediante ciertas condiciones? ¿No habia hecho mas con la tarifa del 3 de agosto, y autorizado introducciones inmensas de productos ingleses mediante un derecho de cincuenta por ciento? Ahora bien, suponiendo que los americanos admitidos en los puertos rusos fueran todos ingleses, lo cual distaba mucho de lo positivo ¿habia Rusia nada mas extraño que lo realizado por Francia con sus últimos decretos? Y si era lícito á ésta violar el bloqueo á condicion de que se exportaran sus vinos ó sus sedas y de que se le pagara un impuesto enorme, ¿no seria lícito á aquella admitir productos, quizá ingleses, pero mas probablemente americanos, á fin de despachar sus maderas, sus cáñamos, sus hierros y sus granos? Cuando Francia no sabia aguantar las privaciones del bloqueo por una causa que era suya, ¿se habia de obligar á las demas naciones, por una causa que no les tocaba sino de una manera accesoria, á sacrificios y á una abnegacion de que no se les daba ejemplo? Semejante sumision no se podia exigir mas que de esclavos pródigos de su vida para defender á un amo, que ni aun se digna exponerse al peligro. Rusia no se hallaba en este caso respecto de nadie: ella habia contraido el empeño de ser hostil á Inglaterra y lo cumplia exactamente: habia excluido el pabellon británico, seguiria excluyéndolo y buscándolo bajo sus diversos disfraces, pe-

ro no iria mas allá, y continuaria reconociendo y admitiendo á los neutrales. En cuanto al ukase del 31 de diciembre no habia que decir palabra para quien quisiera considerar el verdadero derecho público de las naciones. Sin ponerse en hostilidad con una potencia, cada cual era dueño de excluir productos determinados exteriores por favorecer la creacion de productos semejantes dentro del pais propio. Esto no era hostilidad ni aun signo de malevolencia, pues, sin dejar de profesar amistad á un pueblo, licito era á cada cual preferir el suyo. Ahora bien, Rusia juzgaba que la compra demasiado cuantiosa de las manufacturas extrangeras contribuia á la baja del cambio en su casa, baja que habia llegado á ser alarmante; creíase tambien idónea para fabricar tejidos de algodón, paños, telas de seda, espejos, y queria probarlo. Nadie le podia disputar este derecho: ni por tibieza, ni por enojo contra Francia excluia tales ó cuales mercancías suyas, sino porque á su vez se proponia fabricarlas; y la prueba era que por el mismo acto acababa de prohibir todas las manufacturas inglesas y muchas manufacturas alemanas. ¿No habia procedido Francia del propio modo y con análogas miras respecto de ciertas procedencias rusas como, por ejemplo, las potasas? No hay de consiguiente (repetia Alejandro) nada por qué reconvenirme, pues soy rigurosamente fiel á la alianza. Cierto es que admito á los americanos, algunos de los cuales pueden ser ingleses, á pesar de las indagaciones que practico para no caer en engaño, pero los necesito, pues sin ellos una parte de mis súbditos pereceria de hambre. Con esto no faltó mas que á los decretos de Berlin y de Milan, á cu-

ya observancia no estoy obligado, y á los cuales Napoleon falta antes que nadie, como lo testifican sus licencias y su tarifa de cincuenta por ciento, y debe dejarme en paz ya que me atengo á la conducta que él mismo sigue, mas que yo, menos legitimamente que yo, pues no seria mucho pedir que se atuviera á observar sus propios decretos. Por lo demas, francamente declaro que no puedo ceder en este punto; no cederé, tenedlo entendido, y no me atormentéis sin fruto, pues me forzaréis á la guerra y no la deseo, antes bien ansio perseverar en la alianza. Esta alianza tiene para mí de bueno y de malo, pero entré en ella y quiero seguirla; en primer lugar por decoro, y por interés en segundo, pues un sistema no produce sus frutos si hasta que maduren no se persevera. He adquirido la Finlandia, lo reconozco: adquiriré la Moldavia y la Valaquia, si me sirven bien mis generales y si mi aliado no me desampara en Constantinopla: convengo en que son buenos frutos de la alianza, aunque no tan buenos como la España, los Estados romanos, la Toscana, la Westfalia, la Holanda, las ciudades anseáticas. No obstante, sin comparar los provechos, quiero perseverar en la alianza y hacer que de ella se derive la paz con Inglaterra, que consolidará todas nuestras adquisiciones, y que no se puede obtener sin perseverancia. Algunas barricas de azúcar ó de café, que pueda yo tomar en Londres sin saberlo, ó sabiéndolo como el emperador Napoleon lo hace, no valen la pena de un resfriamiento, ni como inconvenientes son para comparados á los propósitos que origina ya y originará mas todavía nuestra desavenencia. Cien veces mas satisfaccion causará á In-

glaterra la esperanza de desunirnos que la que experimentaria de resultas de la introduccion de todo el azúcar y todo el algodón acumulados en Londres. Permanezcamos unidos, firmemente unidos, perdonándonos unos á otros muchas cosas inevitables y necesarias, y ahorrándonos sobre todo de inútiles disputas que, con gran daño de la alianza y de la paz general, serán divulgadas bien pronto. En cuanto á mí sé todo lo que se prepara en Danzick, todo lo que dicen los polacos y no me ofusco; ni un paso daré hácia adelante, y si se ha de disparar el cañon, dejaré que lo disparen los primeros. Entonces invocaré á Dios, á mi pueblo y á la Europa por jueces, y espada en mano moriré con mi nacion toda antes que doblar la cerviz á un injusto yugo. Por grande que sea el genio de Napoleon, por valientes que sean sus soldados, la justicia de nuestra causa, la energia del pueblo ruso, la inmensidad de las distancias, nos aseguran probabilidades muy ventajosas en una guerra que por nuestra parte no será mas que defensiva. Pero dejemos pronósticos tan tristes (añadia Alejandro estrechando afectuosamente la mano á monsieur de Caulaincourt); os aseguro, bajo mi palabra de honor, que no quiero la guerra, que la temo y que se opone á todas mis miras; pero que si á ella se me obligáre, haréla enérgica y desesperada; pero no la quiero, os lo aseguro como soberano, como hombre de bien, como amigo, pues bajo todos estos títulos me avergonzaria de engañaros.

Siempre que Alejandro expresaba estas cosas, y acontecia muy á menudo, hacía lo con un acento de verdad contundente, con una mezcla de gracia,

de dulzura y de fuerza (1), que conmovia y apuraba á Mr. de Caulaincourt, el cual no sabia que responder á tantas razones, unas verdaderas, otras menos plausibles.

En cuanto á mí, como historiador sincero, amando á mi país mas que á nada en el mundo, bien que no hasta el extremo de hacerle el sacrificio de la verdad, declaro, después de haber consultado todos los documentos, que en mi opinion el emperador Alejandro no queria la guerra. Temíala profundamente, y aun cuando empezara á prepararse para ella, por desconfianza del carácter de Napoleon, hubiera hecho todo lo posible á trueque de evitarla, pues era para él, además de un grande peligro, la condenacion de su política personal, una manifestacion de haberse engañado al adoptar la alianza francesa en Tilsit, la renuncia á la Moldavia y la Valaquia (segun lo han acreditado los sucesos), y por último una temeridad inútil y sin objeto. Solo una cosa habia que pudiera determinar á Alejandro á la guerra, y era el interés de su comercio. Entorpecerlo mas allá del limite que se habia trazado, le era imposible segun el estado de los ánimos en Rusia. Bajo el

(1) Aquí he reproducido con exactitud muy escrupulosa las conversaciones de Alejandro contenidas en cien despachos, y debo de decir que, leyéndolos, se sorprende uno del conocimiento que ya este príncipe habia adquirido por entonces. De cierto el mas hábil consejero de estado francés ó ruso no hubiera expuesto mejor las razones que deducia el czar de los tratados y de la legislación para sostener la tesis que habia adoptado, y que desde su punto de vista estaba delicada y sólidamente razonada.

punto de vista del estricto derecho fundaba muy bien su dicho al sostener que no le obligaban los decretos de Berlín y de Milan, á cuyo tenor se quería prohibir la admision de los americanos que se hubieran comunicado con los ingleses: bajo el punto de vista de la alianza, y á título de amistad, sin duda hubiera debido excluir á los americanos convoyados por los ingleses en su mayor parte; pero habiendo Napoleon permitido por las licencias y por la tarifa del 5 de agosto la introduccion de los géneros coloniales ingleses, no podíamos en realidad exigir á favor de nuestra causa un celo que no manifestábamos nosotros; y conviene añadir que despues de los procederes en el asunto del matrimonio, despues de la negativa, aunque muy honrosa sin duda, á la convencion relativa á Polonia, no teníamos fundamento para reclamar y esperar una adhesion ilimitada. Digámoslo de una vez, habia tibieza en el emperador Alejandro, pero no proyecto de ruptura. A nosotros nos incumbia resolver si nos acomodaba pasar, lo cual era fácil de todo punto, de la tibieza á las hostilidades.

Tales eran las disposiciones de la córte de Rusia por consecuencia de las incorporaciones territoriales que habian llevado hasta Lubeck las fronteras francesas, y de las nuevas exigencias significadas por Napoleon sobre la ejecucion del bloqueo continental. Mr. de Caulaincourt, con perfecta sinceridad, comunicó á Paris todo, expresando su sentimiento personal de que el czar no queria la guerra. Solo habia callado una cosa, por ignorarla, y era el principio de los aprestos militares ya mencionados como resulta de las desconfianzas concebidas por el emperador Alejandro. Mas lo que no

pudo descubrir desde San Petersburgo, lo que no pudo recoger en medio del silencio que reinaba en su rededor, penetráronlo muy en breve los polacos del gran ducado y los del ejército sobre todo, y lo probaron con su vivacidad acostumbrada. Ansiando de corazon la guerra, pues de ella esperaban la completa restauracion de su patria, situados de avanzadas en las fronteras de la Rusia, no habian tardado en saber, sin embargo de lo mucho que se esmeraba la policia rusa en interrumpir las comunicaciones, que se removia tierra junto al Dwina y el Dnieper; que se ejecutaban trabajos en Bobruisk, en Vitepsk, en Esmolensko, en Dünamburgo y hasta en Riga; y averiguaron ademas que retornaban tropas desde Finlandia á Lituania. Con la mejor fé del mundo tomaron estos hechos por signos infalibles de una guerra cercana, y abultáronlos al trasmitirlos al general Rapp, gobernador de Danzick, quien se los participó á Napoleon, segun debia. Al cabo de pocas semanas ya habia sonado el rumor en toda Polonia de una ruptura cierta entre Francia y Rusia, y mil ecos llevaron este rumor de Polonia á Alemania. Francia fué el único país que no lo reprodujo, por estar mudos todos sus ecos; mas lo supo el comercio por cartas y lo propaló de resultas.

Noticioso Napoleon por Mr. de Caulaincourt de las respuestas que Alejandro oponia á sus manifestaciones, y por el general Rapp de los hechos averiguados por los polacos, sintió una impresion muy profunda: experimentó y manifestó mucho enojo contra Mr. de Caulaincourt, diciendo que éste no conocia las cuestiones tratadas por el emperador de Rusia, y que se habia manifestado muy

débil en las cuestiones que tuvo con este soberano: mandó replicar sin demora que los americanos eran todos ingleses, sin lo cual los ingleses no les dejaran libre paso; que era menester no reconocer ningun neutral, pues ya no le habia; que las licencias de que se sacaba un argumento en su contra no tenian la menor importancia; que necesitando los ingleses de granos, se los enviaba en cantidad exígua y se los hacia pagar á precio muy caro, obligándoles á recibir ó vinos ó sedas; que respecto de la introduccion mas considerable sin duda de los géneros coloniales mediante el derecho del cincuenta por ciento, habia que tener presente que para el comercio inglés era ruinosa; que, permitiéndola, no se hacia mas que sustituirle al contrabando, el cual con una prima de cincuenta por ciento lograba siempre introducir azúcares y cafés á pesar de cuanto se ejecutara para impedirlo: que por lo demas consentia en este método de introduccion, y aun habia instado al emperador Alejandro á que lo adoptara en Rusia, de lo cual sacara grande provecho su tesoro; que el mejor medio de alcanzar la paz marítima era la guerra á los productos ingleses; que las combinaciones que proponia eran las mas ajustadas á las dificultades naturales de la empresa, debiendo sus aliados fiar del todo en su experiencia, si eran sinceros, pues no podria reputarlos sino bajo esta condicion como verdaderos aliados.

Pero Napoleon experimentó otro sentimiento muy distinto de la irritacion ó del deseo de argumentar al saber la ejecucion de los trabajos junto al Dwina y al Dnieper y los movimientos de tropas desde Finlandia á Lituania. Con la presteza

comun de su espíritu y de su carácter vió al punto en estas simples precauciones la guerra proyectada, declarada, comenzada, y concibió el deseo impetuoso de que no le cogiera desprevenido. Tantas veces habia ya experimentado con Inglaterra en 1803, con Austria en 1805 y 1809, con Prusia en 1806, con Austria en 1805, como de lo que al pronto era tibieza se derivaba la desconfianza, de la desconfianza los preparativos y de los preparativos la guerra, que, imbuido del todo en este encadenamiento rápido de consecuencias, no tuvo la duda mas remota de que dentro de un año ó de algunos meses se le vendria encima la Rusia. De haber sabido hacerse justicia á sí propio y comprender por cuánto entraba su carácter en esta pronta sucesion de las cosas, reconociera que, aun cuando se armara la Rusia á impulsos de muy natural desconfianza, á su arbitrio estaba la guerra del todo, con libre eleccion de tenerla ó de no tenerla, á tal que supiera refrenar sus pasiones, pues evidentemente Rusia no la queria, á no ser que se le exigiera mas de lo que se hallaba dispuesta á consentir relativamente al comercio. Y lo que Napoleon reclamaba de Rusia no era indispensable para el logro de sus designios, dado que, exigiendo de ella la ejecucion del bloqueo continental de continuo, y aun exigiéndosela mas rigurosa, lo cual cabia en lo posible, manteniéndose en paz con ella, quedando por tanto en libertad de llevar nuevas fuerzas á la Peninsula contra los ingleses, perseverando en el sistema adoptado de hacerles sufrir grandes apuros mercantiles y un revés militar importante, debia asi venir á parar muy en breve á la paz marítima, es decir, general, y á obtener al